

Para la hora del “Ángelus”.

Viernes, 27/03/2020

El libro de la Sabiduría, en una dura página sobre los impíos, les echa en cara su extravío al tender trampas al justo, en lugar de tomar ejemplo de él, porque les da grima su manera de vivir; su bondad es para ellos un reproche. Incluso se atreven a someterlo al “juicio de Dios”: “lo condenaremos a muerte ignominiosa —dicen— y veremos si Dios se ocupa de él”. Reclaman de Dios la “prueba del nueve”.

Aún no habían pasado cien años desde que se escribió este libro, cuando, en el lugar llamado Calvario, fuera de los muros de Jerusalén, se debatía entre la vida la muerte un crucificado, al que la gente miraba y los magistrados le hacían muecas diciendo: “A otros salvó; que se salve a sí mismo si él es el Cristo de Dios, el Elegido”. Volvían a pedir la “prueba del nueve”. Dios no accedió, porque aquella muerte ignominiosa y tremenda era la prueba de otra cosa, de que amaba a esta humanidad hasta el extremo. Jesús ya lo había desvelado cuando dijo al fariseo Nicodemo: “Tanto ha amado Dios al mundo que le ha entregado a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16). ¡Cómo iba a bajar de la cruz, si la cruz era la prueba palpable de un amor “hasta el extremo”!

En el evangelio de este viernes (Jn 7, 1-2. 10. 25-30) hay una frase decisiva para entender la muerte de Cristo. Dice el evangelista que, en la fiesta de las Tiendas, a la que Jesús acudió aquel año, a pesar de que los jefes ya habían tramado su muerte, “nadie le echó mano, porque todavía no había llegado su hora”. En diversas situaciones Jesús habló de “su hora”; en todas ellas se refería a su muerte, que sería una entrega voluntaria, el supremo gesto de libertad de quien ama “hasta el extremo”. Así lo recogen las plegarias de la Misa, cuando dicen: “El cual, cuando iba a ser entregado a su Pasión, voluntariamente aceptada” (Plegaria Eucarística II) o “Para cumplir tus designios, él mismo se entregó a la muerte” (Plegaria Eucarística IV).

Este tiempo de pandemia pone de manifiesto el valor redentor de los continuos gestos de servicialidad, cuidado y acogida de tantos voluntarios y profesionales, en particular el personal sanitario, que aún con riesgo propio atienden a los contagiados. Recemos por ellos, unidos a toda la Iglesia, este himno a la cruz, propio de la Semana Santa:

¡Oh cruz fiel, árbol único en nobleza!
Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.
¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

¡Oh plenitud del tiempo consumado!
Del seno de Dios Padre en que vivía,
ved la Palabra entrando por María
en el misterio mismo del pecado.

¿Quién vio en más estrechez gloria más plena,
y a Dios como el menor de los humanos?
Llorando en el pesebre, pies y manos
le faja una doncella nazarena.

En plenitud de vida y de sendero,
dio el paso hacia la muerte porque él quiso.
Mirad de par en par el paraíso
abierto por la fuerza de un Cordero.

Al Dios de los designios de la historia,
que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
al que en la cruz devuelve la esperanza
de toda salvación, honor y gloria. Amén.